TOMO LXXXI Noviembre 1922. CUAD. V

BOLETIN

DE LA

REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA

EL EXCMO. SR. MARQUÉS DE CERRALBO

DISCURSO NECROLOGICO

PRONUNCIADO POR EL

EXCELENTISIMO SEÑOR MARQUES DE LAURENCIN

DIRECTOR DE LA REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA

EL DÍA 6 DE OCTUBRE DE 1922.

De bien triste manera inauguramos nuestras tareas en el actual curso académico, toda vez que me veo en el caso de cumplir un penoso deber: el de comunicar oficialmente a la Corporación una infausta nueva, que todos vosotros conocéis, por desgracia, hace algún tiempo, y que a todos, lo tengo por cierto, os habrá producido idéntico sentimiento de pesadumbre y de amargura. Ya comprenderéis de sobra que me refiero al fallecimiento de uno de nuestros compañeros más eminentes, respetado y querido, el ilustre Marqués de Cerralbo, quien entregó cristianamente su alma a Dios el día 27 del pasado mes de agosto.

Llamado a ocupar vacante de número en esta casa en enero de 1898, coincidió precisamente esta elección con el período más álgido al que dedicara su actividad y sus energías con ahinco plausible y con creciente ardor, a la ímproba y ruda labor de dirigir personalmente las importantísimas excavaciones que a su costa y expensas realizara, obteniendo como resultado de ellas muy notables hallazgos arqueológicos en Santa María de Huerta, en Soria y Guadalajara; mas comoquiera que trabajos de esta índo-

le exigen su continuación sin aplazamientos ni interrupciones, de ahí que tuviera que demorar hasta el año 1908 la toma de posesión de su sillón académico, leyendo en tal ocasión, y con este motivo, un magistral y documentado discurso acerca del arzobispo don Rodrigo Jiménez de Rada y el Castillo de Santa María de Huerta, discurso en el que competían a porfía el caudal de noticias y conocimientos históricos que adujera, con la galanura de la frase y del estilo castizo con que escribiera su oración académica; porque no es de olvidar que nuestro llorado compañero ostentaba con todo honor y justicia, como ganados en buena y legítima lid, los tres entorchados académicos; que si lo era numerario en la nuestra, académico electo era de la Española y de la de Bellas Artes de San Fernando, siendo a la par director de la Comisión de Investigaciones Paleontológicas y Prehistóricas de la Junta de estudios científicos y vicepresidente de la de excavaciones.

Lo que ignoro si ha llegado a noticia de todos vosotros es que el Marqués de Cerralbo era también poeta inspirado y elegante; algunos de los que me escuchan recordarán haber tenido el honor y la satisfacción de oír, en las intimidades de su hogar, de labios del prócer poeta, algunas de las composiciones debidas al estro, al numen poético de su autor, quien leía o recitaba con robusta y apropiada entonación los hermosos romances caballerescos, a que era tan aficionado, y con exquisita delicadeza las poesías tiernas, sentimentales, amatorias, sin que haya sabido que alguna vez se imprimieran, antes al contrario, creo que fué propósito del Marqués el no sacarlas nunca en letras de molde.

En medio de la amplia y vasta cultura, de la extensa y sólida erudición de nuestro finado compañero, siempre manifestó singular predilección, una vocación irresistible, que le atraía con encanto, por los estudios referentes a la Arqueología, a la Prehistoria, a la Paleontología, ciencias hermanas a las que prestó relevantes servicios con sus profundos estudios, sus escritos, sus obras, sus libros, con las costosas y extraordinarias excavaciones que practicara, y con los felices descubrimientos de objetos y piezas, que constituyen una asombrosa colección, no digo yo superada, ni de lejos igualada por otras análogas o similares conserva-

das en los museos de Europa, por ser ésta de Cerralbo próvida y rica en ejemplares únicos, desconocidos hasta que él los descubriera. Todos hemos admirado tan numeroso y selecto conjunto; sin ir más lejos este año, para honrar la visita de los profesores portugueses venidos a la Corte, invitó el Marqués a gran parte de la sociedad madrileña y del mundo intelectual, sirviendo él mismo de guía y *cicerone* a sus huéspedes lusitanos, dándoles cuenta detallada de las singularidades, origen y usos de aquellas venerandas reliquias del pasado.

Por las admirables aportaciones que presentara, por el método excelente con que lo realizara, por el positivo valor de su *Historia primitiva de nuestra Península,* ganó en público concurso internacional, celebrado en Barcelona en 1912, el premio Martorell.

Este mismo año ostentó la representación de España en el Congreso Internacional de Arqueología y Prehistoria, celebrado en la ciudad de Ginebra, al cual asistieron los más doctos varones, las eminencias más especializadas en estas importantísimas ramas de la Historia, todas las cuales tuvieron con nuestro compañero las mayores muestras de la alta estima y singular consideración a sus méritos, universalmente reconocidos: no rezaba para con él, cuando pedía la palabra, la tasa de tiempo impuesta a los demás conferenciantes, y aun creo recordar haber sido acuerdo de aquella Asamblea prorrogar un día más la clausura del Congreso con el solo fin de escuchar la última conferencia del sabio arqueólogo, acogida con entusiastas aplausos.

A nuestras sesiones acudía con gran asiduidad, tomaba activa parte en los asuntos y discusiones atañentes principalmente a su especialidad, colaborando con brillantes informes en el BOLETÍN y llevando también la voz de la Academia en Junta pública y solemne, leyendo en ella, no una Memoria, sino un admirable libro, *Descubrimientos arqueológicos en el alto Jalón,* que tuvo un éxito rotundo entre los historiadores y arqueólogos.

En 1918, previo acuerdo corporativo, se dedicó íntegra una de nuestras sesiones ordinarias para escuchar el relato, por todo extremo interesante, del hallazgo, el más importante llevado a cabo hasta el día, de las pinturas rupestres de la región del Duratón, en las mesetas centrales de España, entre Sepúlveda

y Segovia, poniendo ante nuestros ojos los grabados, pinturas y dibujos hallados en la caverna de los *Siete Altares,* que él mismo descubriera y que, publicados en nuestro BOLETÍN, fueron reproducidos, con su descripción, en revistas extranjeras.

Este fué, puede decirse así, el postrer trabajo fundamental de los muchos debidos a Cerralbo; por entonces comenzó a decaer notablemente su salud, y temeroso del frío, que consideraba como su mayor enemigo, sólo le veíamos entre nosotros en días de bonanza, muy adelantada la primavera, acogiendo todos sus colegas su presencia con la alegría y el contento que produce el estrechar la mano de quien era claro espejo, dechado de ejemplar caballerosidad, cuyo trato, llano y señorial a la vez, engendraba la simpatía y el respeto a un tiempo mismo.

En estos últimos meses su estado inspiró a su familia y a los médicos que le asistían alarmas y temores, no infundados, por desgracia, y que no escaparon a la clarividencia y perspicacia del paciente.

A' mediados de julio recibí una carta suya, en la que, aparte de otras cosas, me hablaba de la gravedad extrema del mal que le aquejaba; contestéle, como era obligado, que nunca es menos grave una dolencia que cuando el enfermo cree lo contrario; que la gran lucidez mental que revelaba, la letra firme y segura, sintomática de un pulso fuerte y vigoroso, no le consentían entregarse a fúnebres presagios ni a sombríos augurios.

Pasados unos días, en los finales de julio, volvió a escribirme otra larga carta agradeciendo el interés que mostraba yo por su salud, contándome sus sufrimientos, sin poder acostarse ni permitirse hablar ni alimentarse casi, y avizorando próxima e inminente la muerte, muerte que afrontó con la serenidad de espíritu, con la tranquilidad de conciencia con que esperan el supremo trance los varones justos, los hombres buenos, como él lo era. Y con aquella fe cristiana, con los arraigados sentimientos católicos, que fueron siempre la nota más característica de su personalidad, pidió él mismo el Santo Viático, se hizo conducir en el sillón de ruedas a esperarle al dintel de la escalera, acompañándole al Oratorio, donde recibió la Sagrada Comunión con unción evangélica, con piedad y fer-

vor edificantes, despidiéndose tiernamente de sus deudos y de todos los servidores de su casa.

En sus disposiciones testamentarias, según tengo entendido, da el Marqués de Cerralbo gallarda prueba de patriotismo legando su magnífico palacio de la calle de Ventura Rodríguez, con las espléndidas colecciones que atesora, al Estado, a la Nación, a su Patria, dotándole con rentas para su conservación.

De su amor a las tres Reales Academias a que tenía el sano y legítimo orgullo en pertenecer, es evidente testimonio el legado que hace a cada una de ellas, consistente en diez mil duros, para fundar un premio que lleve su nombre, con arreglo a las cláusulas y disposiciones consignadas en su postrimera voluntad.

¡Feliz él, que a los halagos de un preclaro y noble nacimiento, a las ventajas de su elevada posición social, a las comodidades y regalo de su opulenta fortuna, supo añadir, por su propio esfuerzo, los altos prestigios del saber, las glorias de la ciencia, adquiridos por un constante estudio, por una incansable laboriosidad!

¡Feliz él, que ha sabido morir de muerte cristiana y santa, como había vivido, como fuera siempre su existencia, consagrada a la caridad, a la práctica del bien y al trabajo intelectual!

Dichoso él, que después de su muerte ha dejado en pos de sí una estela de sentimientos afectivos, un recuerdo perenne, una memoria imborrable de sus grandes merecimientos, de su positiva y proclamada valía, y un concierto de voces que unánimes entonan alabanzas a las virtudes cívicas, públicas y privadas que adornaban a nuestro insigne y querido compañero.

La Academia consagrará una página en su obituario, donde conste el dolor sincero, la pena legítima y profunda que la embarga por la que estima pérdida verdaderamente irreparable.

EL MARQUÉS DE LAURENCÍN.

Fototipia de Hauser y Menet.-Madrid

EXCMO. SR. MARQUÉS DE CERRALBO.